

Si alguno mis quejas oye,
 más a decirlas me obliga
 porque me las contradiga,
 que no porque las apoye.

Porque si con la pasión
 algo contra mi amor digo,
 es mi mayor enemigo
 quien me concede razón.

Y si acaso en mi provecho
 hallo la razón propicia,
 me embaraza la justicia,
 y ando cediendo el derecho.

Nunca hallo gusto cumplido;
 porque entre alivio y dolor,
 hallo culpa en el amor,
 y disculpa en el olvido.

Esto de mi pena dura
 es algo del dolor fiero,
 y mucho más no refiero,
 porque pasa de locura.

Si acaso me contradigo
 en este confuso error,
 aquel que tuviere amor
 entenderá lo que digo.

SONETO

*Que contiene una fantasía contenta con amor
 decente.*

Detente, sombra de mi bien esquivo,
 imagen del hechizo que más quiero,
 bella ilusión por quien alegre muero,
 dulce ficción por quien penosa vivo.

Si al imán de tus gracias atractivo
 sirve mi pecho de obediente acero,
 ¿para qué me enamoras lisonjero,
 si has de burlarme luego fugitivo?

Mas blasonar no puedes satisfecho
 de que triunfa de mí tu tiranía;
 que aunque dejas burlado el lazo estrecho,

que tu forma fantástica ceñía,
 poco importa burlar brazos y pecho
 si te labra prisión mi fantasía.

SONETO

*En que satisface un recelo con la retórica
del canto.*

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
como en tu rostro y tus acciones vía
que con palabras no te persuadía,
que el corazón me vieses deseaba.

Y amor, que mis intentos ayudaba,
venció lo que imposible parecía;
pues entre el llanto que el dolor vertía
el corazón deshecho destilaba.

Baste ya de rigores, mi bien, baste,
no te atormenten más celos tiranos,
ni el vil recelo tu quietud contraste

con sombras necias, con indicios vanos;
pues ya en líquido humor viste y tocaste
mi corazón deshecho entre tus manos.

ROMANCE

*Con que en sentidos afectos precude al dolor
de una ausencia.*

Ya que para despedirme,
dulce, idolatrado dueño,
ni me da licencia el llanto,
ni me da lugar el tiempo,

háblente los tristes rasgos,
entre lastimosos ecos,
de mi triste pluma, nunca
con más justa causa negros.

Y aun ésta te hablará torpe
con las lágrimas que vierto;
porque va borrando el agua
lo que va dictando el fuego.

Hablar me impiden mis ojos,
y es que se anticipan ellos,
viendo lo que he de decirte,
a decírtelo primero.

Oye la elocuencia muda
que hay en mi dolor, sirviendo

los suspiros, de palabras,
las lágrimas, de conceptos.

Mira la fiera borrasca
que pasa en el mar del pecho,
donde zozobran turbados
mis confusos pensamientos.

Mira, cómo ya el vivir
me sirve de afán grosero,
que se avergüenza la vida
de durarme tanto tiempo.

Mira la muerte que esquiva
huye, porque la deseo;
que aun la muerte, si es buscada,
se quiere subir de precio.

Mira cómo el cuerpo amante,
rendido a tanto tormento,
siendo en lo demás cadáver,
sólo en el sentir es cuerpo.

Mira cómo el alma misma
aún teme, en su ser exento,
que quiera el dolor violar
la inmunidad de lo eterno.

En lágrimas y suspiros,
alma y corazón a un tiempo,

aquél se convierte en agua,
y ésta se resuelve en viento.

Ya no me sirve de vida
esta vida que poseo,
sino de condición sola
necesaria al sentimiento.

Mas ¿por qué gasto razones,
en contar mi pena, y dejo
de decir lo que es preciso,
por decir lo que estás viendo?

En fin, te vas: ¡ay de mí!
dudosamente lo pienso;
pues si es verdad, no estoy viva,
y si viva, no lo creo.

¿Posible es que ha de haber día
tan infausto, tan funesto,
en que sin ver yo las tuyas
esparza sus luces Febo?

¿Posible es que ha de llegar
el rigor a tan severo,
que no ha de darle tu vista
a mis pesares aliento?

¿Que no he de ver tu semblante?
¿Que no he de escuchar tus ecos?

¿Que no he de gozar tus brazos?
¿Ni me ha de animar tu aliento?

¡Ay mi bien! ¡Ay prenda mía!
¡Dulce fin de mis deseos!
¿Por qué me llevas el alma,
dejándome el sentimiento?

Mira que es contradicción
que no cabe en un sujeto,
tanta muerte en una vida,
tanto dolor en un muerto.

Mas ya que es preciso (¡ay triste!)
en este infeliz suceso,
ni vivir con la esperanza,
ni morir con el tormento,

dame algún consuelo tú
en el dolor que padezco,
y quien en el suyo muere,
viva, siquiera, en tu pecho.

No te olvides que te adoro,
y sírvante de recuerdo
las finezas que me debes,
si no las prendas que tengo.

Acuérdate que mi amor
haciendo gala del riesgo,

sólo por atropellarlo,
se alegraba de tenerlo.

Y si mi amor no es bastante,
el tuyo mismo te acuerdo,
que no es poco empeño haber
empezado ya en empeño.

Acuérdate, señor mío,
de tus nobles juramentos,
y lo que juró tu boca
no lo desmientan tus hechos.

Y perdona, si en temer
mi agravio, mi bien, te ofendo;
que no es dolor, el dolor
que se contiene en lo atento.

Y adiós, que con el ahogo
que me embarga los alientos,
ni sé ya lo que te digo,
ni lo que te escribo leo.

Y aquel amor, cuyo secreto nadie ha profana-
do, la llevó, por un breve camino de tristezas,
desde el desencanto hasta el convento. La poe-
tisa se metió monja; no cumplía aún diez y seis

años cuando tomó resolución tan firme. En 1667 ingresó al convento de Santa Teresa, y, por haberse enfermado a causa de la severidad de la orden, pasó en 1669 al convento de San Jerónimo, en donde murió el año de 1695, cuidando monjas enfermas de una epidemia, de la que también ella fué atacada.

Como era de uso, la dama de la virreyna cambió de nombre en el claustro. Se llamó Sor Juana Inés de la Cruz; sus panegiristas le dieron otro nombre: *La Décima Musa*. Mas ella no cambió de inclinaciones intelectuales, de curiosidad mental; se hizo quizá más afable; se volvió más triste; pero acaso con mayor ahinco se dedicó al estudio. Su manía de investigar, de observar, de encontrar, hasta en lo más nimio, objeto para el análisis, no la abandonó jamás. Y cuenta que para ello hubo de vencer muchas resistencias; las de la época, las de la religión, las de la sociedad, las de la malevolencia. En el claustro jerónimo, dentro de su biblioteca de cuatro mil volúmenes, quizá la primera biblioteca particular de esa importancia en la América del siglo XVII, y junto a sus instrumentos científicos, Sor Juana siguió escribiendo sobre asuntos de filosofía, de teología, de matemáticas, de música, y también de literatura. A esta época pertenecen tal vez los siguientes sonetos:

SONETO

En que la moral censura a una rosa, y en ella a sus semejantes.

Rosa divina que en gentil cultura
eres con tu fragante sutileza
magisterio purpúreo en la belleza,
enseñanza nevada a la hermosura.

Amago de la humana arquitectura,
ejemplo de la vana gentileza,
en cuyo sér unió Naturaleza
la cuna alegre y triste sepultura.

¡Cuán altiva en tu pompa, presumida,
soberbia, el riesgo de morir desdeñas;
y luego, desmayada y encogida,

de tu caduco sér das mustias señas!
¡Con que con docta muerte y necia vida,
viviendo engañas, y muriendo enseñas!

SONETO

Procura desmentir los elogios que a un retrato de la poetisa inscribió la verdad, que llama pasión.

Este que ves, engaño colorido,
que del Arte ostentando los primores,
con falsos silogismos de colores
es cauteloso engaño del sentido:

éste, en quien la lisonja ha pretendido
excusar de los años los horrores,
y, venciendo del tiempo los rigores,
triunfar de la vejez y del olvido:

es un vano artificio del cuidado;
es una flor al viento delicada;
es un resguardo inútil para el Hado;

es una necia diligencia errada;
es un afán caduco, y bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

Siguió, pues, haciendo versos, muchos versos;
versos de ocasión, inflados y prosáicos; versos fa-

miliares, de donaire casero y forzada simplicidad; versos religiosos, llenos de unción algunos, de suave piedad otros; letrillas, jaculatorias, villancicos; y en estos juguetes devotos o íntimos, donde Sor Juana puso adorable ingenuidad, puede el artista estudiar los primeros síntomas *folkloristas* de mi país: frases regionales, modismos coloniales y hasta imitaciones de la torpeza de los grupos indígenas no educados y que hablaban un castellano salpicado de aztequismos. Donde Sor Juana desplegaba todo el vuelo de su fantasía, era en las alegorías, en los símbolos y emblemas. Allí están sus *Loas*, en las cuales dialogan céfiros y ninfas, amazonas y diosas; allí está el *Neptuno Alegórico*, que es el estudio, abundante de razonamientos esotéricos, de un arco triunfal; allí, su auto sacramental *El Divino Narciso*, en que personificados hablan *La Naturaleza Humana, la Gracia, la Gentilidad, la Sinagoga, la Soberbia, el Eco, el Amor propio*, las ideas más disimiles y encontradas, que aun dentro de la extravagancia de la época, forman una unidad poética muy interesante. Además, no contenta con escribir diálogos en las *Loas*, los escribió en las comedias que compuso, y que fueron dos: *Amor es más laberinto* y *Los empeños de una casa*. Era el suyo un cerebro incansable; una facundia sin agotamiento posible. Tenía una perpetua an-

siedad de saber y de comprender. Esta intranquilidad espiritual le fué reprochada severamente por sus directores espirituales. El Obispo de Puebla, bajo el nombre de Sor Filotea de la Cruz, le dirigió una carta aplaudiendo a Sor Juana, pero aconsejándole que abandonara las letras y los estudios. La contestación que dió la *Décima Musa* al Obispo disfrazado de monja, es una vehemente defensa de la mujer que se dedica a cultivar su entendimiento. Es esa carta, puede decirse con el lenguaje moderno, un trabajo sobre el *feminismo*.

Y es en esta defensa donde hace la monja relación de sus esfuerzos por acrecentar el caudal de sus conocimientos. Con unas cuantas frases pinta la angustia de su labor en la soledad. «El no haber aprovechado los estudios—dice con apasionada modestia—ha sido ineptitud mía y debilidad de mi entendimiento, no culpa de la variedad; lo que sí pudiera ser descargo mío, es el sumo trabajo, no sólo en carecer de maestros, sino de discípulos, con quienes conferir y ejercitar lo estudiado, teniendo sólo por maestro un libro mudo y por discípulo un tintero insensible». Las confesiones que hace para disculparse ante el Obispo, del amor a los libros profanos, son ingenuas y reveladoras. Indican quizá un estado patológico de sus facultades intelectuales.

tales. Dice, por ejemplo: «Una vez lo consiguieron con una Prelada muy santa y muy cándida, que creyó que el estudio era cosa de Inquisición, y me mandó que no estudiase: yo la obedecí (unos tres meses que duró el poder ella mandar) en cuanto a no tomar libro, que en cuanto a no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer, porque aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios creó, sirviéndome ellas de letras y de libro toda esta máquina universal. Nada veía sin reflejo, nada oía sin consideración, aun en las cosas más menudas y materiales, porque como no hay criatura, por baja que sea, en que no se conozca el *me fecit Deus* no hay alguna que no pame el entendimiento si se considera como se debe. Así yo (vuelvo á decir) las miraba y admiraba a todas; de tal manera, que de las mismas personas con quienes hablaba y de lo que me decían, me estaban resaltando mil consideraciones; ¿de dónde emanaría aquella variedad de genios e ingenios, siendo todos de una especie? ¿Cuáles serían los temperamentos y ocultas cualidades que lo ocasionaban?» Y agrega que en las cosas más pueriles encuentra motivo de cavilación; en los paseos que da por una habitación; en el movimiento que hace un trompo con el que juegan los niños; en la figura que trazan unos al-

fileres. Su imaginación no tiene límite ni alcanza reposo. Y este curioso afán experimental lo lleva a los versos también; hace combinaciones métricas, alteraciones prosódicas de mucho atrevimiento. Pero como su oído es de una afinación perfecta, casi siempre encuentra la música del ritmo. El constante ejercicio le dió el dominio de la forma y la serena pujanza de la idea. Su madurez es filosófica y tierna al mismo tiempo. Ya no expresa la sensibilidad arrobada de la juventud plena de amor y ensueño; pero aún quedan en su corazón tibios vestigios de la hoguera extinguida. Una sonrisa de bondad orea los últimos años de esta vida de reposo aparente y de escondida lucha interna. El último dolor de Sor Juana fué, sin duda, la forzada separación de sus libros.

El panegirista de *La Décima Musa*, el jesuíta D. Diego Calleja, cuenta así el episodio: «La amargura más grande que, sin estremecer el semblante, pasó la Madre Juana fué deshacerse de sus amados libros, como el que, en amaneciendo el día claro, apaga la luz artificial por inútil; dejó algunos para el uso de sus hermanas, y remitió copiosa cantidad al señor Arzobispo de México, para que, vendidos, hiciese limosnas a los pobres, y aún más, para que, estudiados, aprovecharen a su entendimiento con este uso.

Esta buena fortuna corrieron también los instrumentos músicos y matemáticos, que los tenía muchos, preciosos y exquisitos. Las preseas, bujerías y demás bienes que, aun de muy lejos, le presentaban ilustres personajes, aficionados a su famoso nombre, todo lo redujo a dinero, con que, socorriendo a muchos pobres, compró paciencia para ellos y cielo para sí: no dejó en su celda más que dos o tres obritas de devoción y muchos cilicios y disciplinas».

Sor Juana mereció de los hombres de cultura de su tiempo fervorosas alabanzas. Don Carlos de Sigüenza y Góngora, un sabio novohispano, clarísimo talento, poeta y prosista, dijo la oración fúnebre, en las solemnes exequias que, en honra de la famosa *Sor Juana Inés de la Cruz*, hizo la capital de Nueva España.

Las obras impresas de *La Décima Musa* corren en ediciones diversas, antiguas y modernas, y todas contienen errores y alteraciones. Urge hacer, por lo mismo, una edición definitiva y un estudio completo de esta mujer admirable.

Ella, como digo, y D. Juan Ruiz de Alarcón son las dos figuras literarias de mayor relieve que produjo México durante los siglos XVI y XVII.

Cronistas, educadores, doctores, frailes, rábulos, aventureros y poetas, hombres de santidad,

hombres de ciencia y arte y hombres de audacia, emprendieron en Nueva España la obra de trasplante civilizador. Los siglos XVI y XVII, en cuanto a las letras, no son sino una prolongación de las voces de España.

El medio, altera ligeramente, pero no define todavía un nuevo tipo literario.

II

Nueva España en el siglo XVIII.—Culteranos y conceptistas.—La aparición del neoclasicismo.—El principio del siglo XIX.—Fray Manuel Navarrete.—Sartorio y Ochoa. Las Gazetas.—La guerra de independencia y la literatura.—El «Pensador mexicano».

Esta segunda parte es el resumen de un libro que escribí hace algún tiempo en mi país, y publiqué hace pocos meses en España. En él estudié precisamente el período comprendido entre el último siglo del virreynato, es decir, el XVIII, y los veinte primeros años del XIX, durante los cuales México preparó y llevó a término su lucha por la emancipación nacional. Este período no es precisamente interesante desde el punto de vista